

» que á tomarse la justicia por su mano, aboliendo el antiguo sistema. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones dirigidas invariablemente á un fin, revela el plan de establecer el despotismo, es su deber destruir semejante forma de gobierno, y proveer á su futura salvacion organizando de nuevo el Estado. Tal ha sido la paciente tolerancia de estas colonias, y tal la necesidad que ahora nos obliga á mudar el antiguo sistema de gobierno.»

No me consta si este documento lo escribió Jefferson ó Franklin; pero ¿no se ve en él, si no la mano, á lo ménos el espíritu que dictaba *Ricardo Bueno*? ¿No se advierte la misma moderacion, la misma experiencia, el mismo sano juicio natural?

La simpatía que las buenas y generosas acciones hallan siempre en los Franceses, indujo á los Americanos á buscar su amistad, á cuyo efecto enviaron allá á Franklin (1778). Franklin no amaba la Francia; y en tiempo de la guerra del Canadá, cuando esta, segun acostumbra siempre que le conviene, instigaba á los colonos contra sus dominadores, escribió una cancion que decia:

« Tenemos una madre anciana, que se ha vuelto regañona; nos pega como á chiquillos, y no se acuerda que hemos crecido ya y que podemos pensar por nosotros mismos; nadie lo negará, lo negará.

» Si no obedecemos, monta en cólera; y de vez en cuando nos sacude de lo lindo: nadie lo negará, lo negará.

» Sufrimos como mejor podemos su mal humor; pero ¿por qué tolerar las injurias de sus esclavos? Cuando los esclavos cometen necesidades, se desquitan apaleándonos: nadie lo negará, lo negará.

» Pero vosotros, malos vecinos (los *Franceses del Canadá*), que quisiérais separar á los hijos de la madre, tened entendido que ella es nuestro orgullo, y que si la atacáis, todos nos pondremos de su parte: nadie lo negará, lo negará.»

Sin embargo, el triunfo de Franklin estaba verdaderamente en Paris. Escribia: « Demóstenes, como le preguntasen cuál era la cualidad principal del orador, contestó: « La primera es la accion, la segunda la accion, la tercera tambien la accion. » Así yo, refiriéndome al hombre público, digo que es la apariéncia, la apariéncia y la apariéncia. Si quieres conseguir lo que buscas, es necesario que crean tus palabras y tu capacidad: una vez logrado esto, las tardanzas, los obstáculos, las dificultades desaparecen.»

Ahora bien, nadie ignora cuánto cautivan las apariencias á los Franceses; por lo que Franklin puso en esta parte todo su estudio. Físico, defista tolerante, satírico, seguía la corriente de las ideas de aquella nacion: hombre del pueblo, habiendo llegado por sí solo á la gloria y la fortuna, defensor de los derechos en medio de

un país cansado del poder absoluto, fiel á su origen y mision hasta en las menores particularidades de la vida, halagaba las pasiones mas generosas, favorecia las mejores esperanzas, pedia libertad para América, la llevaba á Europa; — la libertad que, no contaminada aun con tantos delitos, era el objeto á que aspiraban todas las almas nobles. ¡Cálcúlese cómo le encomiarían! Aquellos héroes con su peluca y su espadin cincelado, no se saciaban de oír al filósofo de sombrero redondo, cabello liso, vestido negro, zapatos sin hebillas y calzones sujetos con correas de cuero; y los guarda-infantes voluminosos y las tabaqueras de oro se eclipsaban ante la estameña y la tabaquera de raíz del Americano. Todos se exaltan en derredor de él, precursor de otra época, simbolo vivo de las ideas nuevas, mientras que Franklin, fino, observador, comerciante, no se deja arrebatar, no juzga por capricho, sino pesa, mide y concluye.

En el siglo en que se proclamaba el análisis, aunque se hiciesen durante él las síntesis mas sublimes, habia analizado el fuego, los sonidos, la luz, los gobiernos, la hacienda, la virtud; obrando sobre el hombre como sobre la materia en los experimentos físicos. Esto le granjeaba el afecto de los filósofos, árbitros entonces de la opinion. Uniendo á la figura de Focion el talento de Sócrates, parecia en medio de la frivolidad parisiense un sabio de la antigüedad, considerándose feliz el que era admitido á hacerle compañía. Mirándole como tipo de su nacion, la encontraban madura para la libertad: los sabios admiraban en él la actividad paciente del genio que se obstina en un grandioso descubrimiento; los filósofos le consultaban acerca del hombre y de la sociedad; el pueblo leía su *Ricardo Bueno* y el *Arte de hacerse rico* (1); las mujeres gustaban de su ingenuidad, si bien esta no era mas que aparente, pues él se aprovechaba del aura popular, y mientras le creían un bocachon, tenia la vista fija en las intrigas de los ambiciosos, en aquella mezcla de magnificencia y abandono, en aquella ostentacion mayor cuanto menores eran los medios, en aquella repetición de palabras que sonaban mas porque estaban huecas. Concurría á su casa un *tal* Mirabeau, noble que declamaba contra la nobleza, y un *tal* Marat, que le mostró una Memoria sobre el fuego elemental. Quién le consultaba acerca de un proyecto dirigido á asolar las costas de la isla Británica, quién acerca de una máquina, que andaria sin que la moviesen; quién sobre el modelo de vestir y armar húsares, como si fuesen viajeros. Franklin oía y se reía para sí, principalmente de las constituciones y reformas universales que esta-

(1) Las ediciones anteriores de algunas obras de Franklin son inferiores á la última, riquísima en cosas nuevas, y sobre todo apreciable por su correspondencia, titulada: *The works of B. Franklin, containing several political and historical tracts not included in any former edition, etc.* by Jared Sparks. Boston, 1840, 10 vol., gr. en 8°.

ban de moda, y que alguno le presentaba por la noche para que le dijese su opinion por la mañana.

Habitaba en Passy una casa con su jardín, todo diminuto, donde se reunia la flor y nata de los ciudadanos. El que entraba en su estudio, veía libros en todas partes, un sillón al que daba, segun se le antojaba, un movimiento ondulatorio para mecerse; encima un abanico que agitaba con el pié; al lado un baston de gancho para coger los libros mas altos sin molestarse: circunstancias verdaderamente extrañas para pintar, á los ojos de los entusiastas, un Bruto y un Timoleon modernos.

Á veces se acercaba con una vara á un arroyuelo agitado por el viento, y sacudiéndola á fuer de mágico sobre el agua la hacia calmar, lo cual explicaba á los atónitos filósofos, diciéndoles que era efecto del aceite que por medio de aquella vara esparcia en el arroyo. Otras veces se burlaba de estos filósofos remendando sus frases y paradojas: á Morellet escribia el elogio del vino; los hombres ántes de Noé no lo conocian, y por eso se extraviaron; desde que fué descubierto, se originaron de él las palabras *divino*, *divinidad*, *adivinar*, palabras, que prueban, contra Gebelin, que el idioma frances es antiguo; y demostraba con dibujos, que el fin providencial de Dios al formar el codo habia sido que el hombre pudiese beber el vino con mas comodidad que lo hubiera bebido teniendo el brazo mas corto ó mas largo (1).

Parecia serle indiferente hasta la gloria el mas lisonjero atractivo de las almas nobles; y mientras los Parisienses le convertian en un ídolo, él se comparaba al maniquí que los Parisienses peinaban, componian y coronaban. Iban á ofrecérsele personas ansiosas de combatir por la causa republicana, y él se reía de aquel entusiasmo, sin dejar entrever que lo creía inútil. Para los muchos que le pedian cartas de recomendacion, habia escrito esta circular: « Señor, el dador de la presente, que marcha á América, me ha pedido una carta de recomendacion, aunque no sé ni aun su nombre. En lo que toca á sus virtudes y méritos, os remito á él, que los conoce sin duda mejor que yo. Por lo demas, tened con él todas las atenciones que merece un extranjero desconocido, y dispensadle todos los favores á que se haga acreedor.»

Entretanto se le hallaba siempre al lado de la generosidad, del progreso. ¿Háblase de la inoculacion de la viruela? Es de los primeros en sostenerla. ¿Se plantan las patatas? Siéntase junto á Parmentier en el banquete, donde no se sirvió sino de estos tubérculos. Si Mesmer ostenta sus milagros, él es uno de los que asisten á los experimentos, y ve cuánto debe atribuirse á la influencia de la imaginacion. Si

(1) MORELLET, *Mem.* I, 498.

Montgolfier hace los primeros ensayos de aeronáutica, él está allí, y á los que le preguntan: *¿Para qué sirve eso?* responde: *¿Para qué sirve el niño recién nacido?* Á Voltaire, ídolo de la época, á Voltaire, representante del escepticismo metafísico y religioso, él, representante del genio práctico y del espíritu político y moral, presenta su nieto para que le bendiga, y aquel lo hace, diciendo: *Dios y la libertad; esta es la única bendicion que conviene al nieto de Franklin.*

Condescendiendo así con los demas, ¿cómo no habia de obtener el incienso de todos? En un baile se eligió de trescientas mujeres á la mas hermosa, para que cínese con una corona y besase la frente immaculada del filósofo; y donde quiera se ven sus retratos, con aquel famoso verso de Turgot que pareció tan verdadero, aunque contenga dos mentiras:

Eripuit cælo fulmen, sceptrumque tyrannis.

¿Y de qué servia todo esto á su mision?

¿De qué servia? ¿No nos ha dicho que se necesita apariéncia, y siempre apariéncia? El buen Luis XVI no sabia qué hacer de aquel rey republicano, y dicen que empleó su retrato en un uso injurioso. Pero no solo él, sino hasta la misma hija de María Teresa y hermana de José II debió inclinarse á la opinion casi universal; y se trató con Franklin como sabio y como hombre, ántes de reconocerle por embajador; y fué el milagro de la roca de Moises, verle, con solo sus cualidades personales, sacar á la Francia, abrumada de deudas, 3.000.000 prestados en 1776, otros tantos en 1781, 4.000.000 en el siguiente año, ademans de un regalo de 6.000.000 que le dió el rey.

Francia favorecia, pues, la libertad americana con el mismo entusiasmo con que algunos años ántes corria á comprar acciones del banco de Law, y pocos años despues á ver cortar cabezas; y la corte, arrastrada de ilusiones generosas, ó impelida por la opinion, emprendió una guerra contraria no solo á sus ideas, sino á sus intereses, que arruinaba la autoridad monárquica y preparaba la bancarota nacional. Pero entretanto la causa de la patria y de la libertad triunfaba; los Estados Unidos de América ofrecian un nuevo modelo á la posteridad; y cuando Franklin volvió de Francia, ¿quién podrá decir las fiestas triunfales con que le recibieron en aquella ciudad donde sesenta años ántes habia entrado con un pan debajo de cada brazo y comiendo de otro?

Allí continuó dedicado al bien del país: « Adopto, dijo, esta constitucion con todos sus defectos, porque creo necesitamos un gobierno general, y no hay forma de gobierno que no dé buenos resultados si se administra cuerda y sabiamente. » Aplicóse á corregirla y consolidarla, segun los consejos del tiempo y de la experiencia; y en cuanto le mostró que iba errado en pretender la unidad del cuerpo

legislativo, se retractó, como se había retractado ya acerca de la electricidad vítrea y resinosa. En los consejos, en vez de disertar, ratiocinaba; fundó una sociedad para mejorar la suerte de los presos, otra para abolir el tráfico de esclavos, y combatió las razones de sus sostenedores, haciendo el elogio del gobierno de Argel y de la piratería: nuevo ensayo de la aguda ironía socrática que se advierte en todos sus escritos y no se entiende sino donde hay hombres de ingenio culto, de sentimiento delicado, de razón ejercitada.

Catonés suicidas, Áticos que expirásteis de hambre voluntaria, Vespasianos que queríais morir en pié, venid á presenciar la muerte del héroe moderno. El 17 de abril de 1790, vió, sin terror ni ostentación, acercarse el fin de sus ochenta y cuatro años: *Componedme la cama para morir con comodidad*, dijo, y espiró.

En su testamento dejó capitales que, acumulándose con el tiempo, sirviesen para grandes obras públicas, y pequeñas sumas con que ayudar los fatigosos pasos del que empieza una carrera ó quiere ejecutar algún noble

designio; al general Washington legó su bastón de manzano silvestre, mejor que un cetro.

¡Adios, pues, héroes magnánimos y temidos; héroes de la espada y de la fiereza! Hoy os han reemplazado las clases trabajadoras, los héroes del comercio ó del cálculo, la renta, lo positivo; os anuncian una nueva época esa límpida inteligencia sin poesía, esa honradez sin grandeza. Franklin quiso prolongar mas allá de la tumba la sonrisa ática, y destinó para su losa sepulcral este epitafio de operario:

EL CUERPO,
DE BENJAMIN FRANKLIN,
IMPRESOR,
COMO EL FORRO DE UN LIBRO VIEJO
DEL QUE ESTÁN ARRANCADAS LAS HOJAS
Y BORRADOS EL TÍTULO Y LOS DORADOS,
AQUÍ YACE VÍCTIMA DE LOS GUSANOS.
LA OBRA SIN EMBARGO NO SE PERDERÁ,
SINO QUE VOLVERÁ Á APARECER
SEGUN CREÍA
EN UNA NUEVA EDICION
REVISTA Y MEJORADA
POR EL AUTOR.

NÚM. XXXV

WARREN HASTINGS.

(1743-1818.)

Warren Hastings, descendiente de una antigua familia arruinada, nació en el condado de Oxford á 6 de diciembre de 1732. Su abuelo, á quien le entregó su desarreglado padre, le puso á aprender á escribir en la escuela de la aldea con los hijos de los campesinos, donde adquirió fama de estudioso, y por algún tiempo se conservó memoria de él, como de uno cuya razón había madurado desde muy temprano, y que iba á pasearse á orillas de los arroyuelos con un libro en la mano. Parece que la vista misma de los predios de Daylesford, que sus mayores habían poseído y perdido, daba que pensar al alumno, y le inspiraba desde entóncos proyectos ambiciosos. Cincuenta años despues escribía á un amigo: « Una de mis diversiones predilectas era sentarme junto á este arroyo, y fabricar castillos en el aire. Así, en un hermoso día de verano, á la edad de siete años, recuerdo me decidí á rescatar á Daylesford; y eso que entónces me mantenía un pariente, el cual se encontraba apenas á cubierto de la indigencia. Sin embargo, aquel plan infantil no me pareció imposible, y nunca se apartó de mi mente. Dios sabe si las circunstancias me permitieron renunciar, sin tacha de cobarde, á ambición tan honrosa; pero he vivido para satisfacerla. Así, aunque pocos hombres públicos tienen mas derecho que yo de quejarse de la injusticia del mundo, daré sin cesar gracias á Dios por haberse dignado concederme que pasase la última parte de una larga, pero no inútil existencia, en estos sitios caros para mí por tantos recuerdos personales y tantas tradiciones de familia. » Llamarse un día Hastings de Daylesford, no cesó de ser el blanco de aquella fuerza de voluntad tranquila, pero invencible, que constituía su carácter.

El futuro gobernador de la India empezó con tiempo sus difíciles pruebas. Colocado por su tío Howard en un colegio de Newington á la

edad de ocho años, tuvo tan malos alimentos que atribuyó siempre á aquella comida espartana su débil temperamento y pequeña estatura. Dos años despues pasó á la escuela de Westminster, donde por haberse señalado en el estudio, obtuvo un puesto gratuito: triunfo estudiantil, escrito, segun costumbre, en letras de oro sobre la pared de los dormitorios donde hoy mismo puede leerse. Allí estudió con Cowper, poeta religioso y fantástico, que no le volvió mas á ver; pero que, en su soledad, rechazó siempre como calumnias las acusaciones lanzadas mas adelante contra su antiguo condiscípulo. El satírico Churchill, los dramáticos Colman y Cumberland fueron tambien condiscípulos suyos, no ménos que Eliza Impey, que debia representar á su lado un importante papel en el Indostan.

Preparábase el jóven Hastings á recoger las palmas académicas en Cambridge ó en Oxford, cuando murió Oward, dejándole recomendado á un tal Chiswick, lejano pariente, que para verse libre de él trató de buscarle una colocación en la Compañía de la India; esto es, enviarle á morir de mal del hígado, ó ponerle en la senda de la fortuna. El doctor Nichols, rector de Westminster, clamó contra el bárbaro que queria privarle de su mejor alumno, y á las universidades inglesas de tan notable laureado, llegando á decir que lo mantendria de su cuenta; pero Hastings abandonó sin importarle mucho sus clásicas coronas, é imponiéndose en pocos meses de la contabilidad mercantil, fué por dos años empleado al Fuerte Williams.

El Fuerte William era entónces un establecimiento puramente comercial. En la India Meridional la política de Dupleix habia convertido á los empleados de la Compañía, á pesar suyo, en diplomáticos y generales. La guerra de sucesión assolaba el Carnático, donde el genio de